

La Política y el Tiempo Histórico

Laura Leticia Heras Gómez

Centro de Estudios de la Universidad-UAEM

Resumen: El artículo se compone de dos partes. La primera se dedica al tratamiento de dos nuevas categorías metodológicas para comprender la historia política, éstas son: espacio de experiencia y horizonte de expectativa, las cuales permiten hacer una lectura diferente de la historia política. La segunda parte intenta una recuperación histórica utilizando las dos categorías, desde la antigüedad hasta la época moderna. El objetivo es ofrecer algunos apuntes en torno a la discusión del manejo del tiempo en la historia, y hasta que punto éste se ha impuesto a partir del proyecto político vigente en cada época.

Abstract: *The essay has two parts. In the first part we work with two new methodological categories that allow us to understand the political history: (1) space of experience and (2) expectation horizons. Both of them will allow us to make a new and different reading about political history. In the second part we attempt to make review based on these two categories, from ancient to modern west european world. We intend to get into the discussion about historic time, and how it has been imposed on people from the dominant political project of each age.*

Introducción

La inminencia del próximo milenio nos obliga a pensar en el tiempo histórico, es decir, en nuestra percepción sobre el pasado, el futuro y el presente, en la tensión que los une, en los momentos de cambio y en la participación de los hombres en este tramo de la historia. O en otras palabras, el nuevo milenio nos induce a reflexionar sobre el sentido de la historia propio del siglo XX. Pero la historia humana es vasta, la empresa de estudiarla es enorme. Nuestro objetivo, en el presente ensayo, es más bien modesto, pero no por ello simple. Proponemos una aproximación, en grandes líneas, sobre el sentido de la historia política de Occidente.

En términos de su estudio, la historia política ha sido parte integrante de la ciencia política desde sus inicios como tal. Aún más, ha sido considerada la primera aproximación a la política como ciencia. Autores contemporáneos la han tratado como filosofía política (por la escuela italiana), como historia de la teoría política (G. Sabine y F. Vallespín), o como historia de las ideas políticas (J.

Touchard, G. Raymonds y Pokrovski); en general todas las aportaciones hacen referencia al estudio de las distintas concepciones acerca del poder y de la autoridad y de las instituciones correspondientes, que los diferentes pueblos han tenido a lo largo de la historia. En todos los casos, con la excepción de Pokrovski, cuyo enfoque es de orden marxista-ortodoxo, se destacan tanto a los autores como a aquellas corrientes de pensamiento político dominantes en cada época y en algunos casos, se parte del contexto general en el que ambos tienen lugar. Resalta, sin embargo, la escuela italiana (H. Cerroni, G. Sartori, N. Bobbio, M. Bovero, entre los más importantes) en cuanto a sus aportaciones para encontrar el hilo conductor de la historia política, apoyándose en los datos historiográficos y buscando el entramado de poder y sus expresiones institucionales prevalecientes en distintas épocas históricas.

Para llevar a cabo la magna tarea de indagación sobre lo político-histórico, todos nuestros autores han tenido que enfrentarse a una primera dificultad: las categorías de análisis para abordarla. No es el objeto de este ensayo examinar a cada autor ni establecer cuáles fueron sus propios instrumentos analíticos; diremos solamente que —en general— todos apuntan hacia una historia observada y estudiada con mirada del presente; esto es, con imágenes y modelos actuales, “todo conocimiento histórico es fruto de la perspectiva temporal del presente”, como dice el maestro De la Torre (1997, 41). Asimismo es siempre en mayor o menor medida temporal, dada la escasa vigencia del *momentum* social; y si bien, el resultado de estos análisis histórico-comparativos han servido de base para el estudio de la historia política, aquí proponemos el empleo de dos categorías que tomamos prestadas de la filosofía de la historia: el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa, aportadas por el historiador Reinhart Koselleck. El intento puede llegar a constituir una mirada diferente sobre la historia de lo político. Una mirada que otorga cierto sentido al curso de las acciones de los hombres en su entorno político. Sentido de futuro en ciertas etapas o sentido de pasado en otras, pero propuesto en todos los casos desde la cima del poder político.

En otras palabras, buscamos someter a discusión hasta qué punto el manejo del tiempo en la historia se ha impuesto a partir del proyecto político vigente en cada época.

Es importante dejar claro que nos remitiremos a la historia occidental europea desde el llamado mundo antiguo hasta la aparición del Estado moderno exclusivamente.

Pasado, presente y futuro

La discusión sobre el tiempo histórico no es nueva. Ha sido motivo de importantes debates teóricos en las ciencias sociales en general y como parte integrante de la filosofía de la historia en particular. Todas las ciencias se alimentan de la historia, pero la historia misma es objeto de estudio, hay una filosofía propia de la historia. ¿Cuál es el sentido de la historia? sería el objetivo de esa filosofía. Ésta ha de significar no el estudio de los hechos del pasado en sí mismos, sino la indagación del sentido de esos hechos. Entendiendo por sentido el significado y finalidad que los hombres dan a sus actos más allá de los actos como tales.

Conviene puntualizar lo anterior porque en la historia política, motivo del presente ensayo, a menudo se olvida que hemos de reconocer además de los hechos y acciones del pasado, el sentido dado por los hombres a éstas y sus repercusiones en el futuro, más aún debemos distinguir nuestra mirada de la de los protagonistas, con objeto de ubicar de manera más pertinente el tiempo histórico del que hablamos.

En el ámbito de la ciencia política se ha hecho historia básicamente en dos sentidos: por ideas o por autores. Por ejemplo, se estudia la idea de la democracia o el pensamiento de Hobbes. En ambos casos, el tratamiento se ha llevado a cabo a partir de la perspectiva del presente. Esto es, condenamos o celebramos las ideas políticas de una época o las reflexiones políticas de algún pensador, generalmente desde nuestra concepción presente. Pero son escasas las reflexiones sobre el sentido del tiempo político, es decir, si respecto a su actuar político los hombres lo hicieron pensando en el futuro, o si lo hicieron guiados por el pasado y esperando el futuro, o si nunca tomaron en cuenta el pasado o el futuro y llevaron a cabo sus acciones sólo ante las circunstancias presentes. La pregunta es: ¿cuál es la perspectiva de tiempo de cada época o de cada autor, en torno a lo político?

En fecha reciente se publicó un texto con el sugerente título en español de *Futuro pasado* cuyo autor es Reinhart Koselleck (1993) y en el que se propone de manera amplia la utilización de dos nuevas

categorías para interpretar la historia del mundo: horizonte de expectativa y espacio de experiencia. El sugestivo título obedece a la idea de que toda historia fue alguna vez futuro, esto es, todo pasado fue ya futuro en algún momento. R. Aron había utilizado la misma expresión en su magnífica obra titulada *Introduction a la philosophie de l'histoire* (citado por Koselleck:1990); concordando con el hecho de que la historia es en grandes líneas el pasado estudiado por su propio y particular futuro, de ahí la expresión futuro-pasado para denominar un nuevo tratamiento de la historia. Ello es especialmente importante en la actualidad —es decir en el presente histórico— en virtud de la complejidad y magnitud de los acontecimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, cuyo impacto ha sido tal que ha transformado profundamente la vida de las sociedades humanas. Nadie dudaría que, a fines de este segundo milenio, estamos ante una nueva etapa histórica, y podríamos adelantar que se vive una nueva experiencia de tiempo. La visión de Koselleck es una de las contribuciones más enriquecedoras en tal sentido.

La obra es vasta porque rastrea a lo largo de 20 siglos de historia humana el sentido de ésta, o sea la propia filosofía de la historia, desde la antigüedad hasta la modernidad; pero a través de dos categorías: espacio de experiencia y horizonte de expectativa. ¿A qué se refiere con ellas? y ¿por qué son más adecuadas para una nueva interpretación histórica? En las siguientes líneas trataremos de aclararlo y de proyectarlo hacia nuestro objetivo particular: el estudio histórico de lo político.

Espacio de experiencia y horizonte de expectativa

En el estudio de la historia se presenta —ya decíamos— la necesidad de establecer las categorías de análisis con base en las cuales se abordan los hechos del pasado. Así hemos tenido: guerra y paz; fuerzas productivas y relaciones de producción; esclavitud y libertad, y otras más, que han dado cuenta de los acontecimientos desde diferentes perspectivas. La más general y podríamos decir menos cargada de historia y de ideología, es el binomio espacio-tiempo. Respecto a cierto espacio y en relación con determinada medición de tiempo se encuadran un conjunto de hechos y procesos históricos, que eventualmente marcan etapas históricas determinadas. Las categorías “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa” quitan esa

eventualidad al análisis, en virtud de que existe entre ellas un lazo que las une pero que siempre se encuentra en tensión.

Aclaremos más el punto. Todo ser humano experimenta y espera, lo ha hecho en el pasado, el presente y seguramente continuará haciéndolo en el futuro, una historia que se escribe respecto a las experiencias humanas y a las expectativas abiertas por esas experiencias, permite entender el tiempo histórico, según Koselleck: “Se trata de categorías del conocimiento que ayudan a fundamentar la posibilidad de una historia. O, dicho de otro modo: no existe ninguna historia que no haya sido constituida mediante las experiencias y esperanzas de personas que actúan o sufren” (Koselleck, 1996: 335). El tiempo histórico es una magnitud que cambia con la historia “cuya modificación se podrá deducir de la coordinación (...) entre experiencia y expectativa” (Koselleck, 1996: 337). Sin embargo, cabría la posibilidad de que no existiese dicha coordinación, entonces estaríamos más bien ante un delicado hilo tensor entre ambas. Ahondando en la reflexión del autor, es la mayor o menor tensión entre la experiencia y la expectativa lo que definiría el tiempo histórico.

Visto así, el tiempo histórico de los acontecimientos no es la sola suma de las experiencias pasadas, sino la liga que las une con el presente y que prepara el futuro. “En la historia sucede siempre algo más o menos de lo que está contenido en los datos previos” (Koselleck, 1996: 341). Estos datos conforman la experiencia acumulada por los hombres, de donde éstos prefiguran las características del mañana. Es decir, existe un espacio para la experiencia y un horizonte para la expectativa y en virtud de que no han sido los mismos a lo largo de la vida humana, permiten entender la historia de otra manera. No se trata del punto de vista del historiador, lo que sería una mirada del presente hacia el pasado, con toda la carga cognoscitiva e ideológica que ésta pudiese contener, sino desde dos momentos presentes en todo tiempo histórico: la memoria y la esperanza.

Pero conviene evitar confusiones. Cuando se habla de experiencia, parece claro que se piense en vivencias sucedidas en el pasado; sin embargo, cuando se habla de expectativa no se debe entender predicción. La expectativa siempre está referida a hechos de la experiencia, no a visiones futuristas, a pesar de la abundante literatura actual sobre el futuro. Aquí el sentido de horizonte de expectativa tiene que ver con las posibilidades de realización que le da el espacio de

experiencia previo. Asimismo el horizonte debe ser entendido como la línea que se encuentra en el futuro, pero que se aleja a medida que nos aproximamos a ella, de manera que sirve siempre de guía al presente.

Asimismo hay que resaltar que la utilización de dichas categorías invita a los estudiosos a ver en la concatenación de los hechos históricos una nueva fundamentación, no una nueva historia. El horizonte de expectativa de una sociedad echa a andar mecanismos en el presente para influir en el futuro, pero éstos mismos siempre están contenidos en un largo espacio de experiencia. En la tensión de estos dos extremos se encuentra el tiempo histórico de cada época.

En el caso que nos ocupa, encontrar cuál ha sido el espacio de experiencia y el horizonte de expectativa referidos a lo político será un intento, al menos, novedoso para observar la historia de la política.

Cabe aclarar que no intentamos una crítica a las diferentes periodizaciones históricas hechas, tanto por historiadores como por politólogos, ése sería un trabajo de mucho mayor envergadura, respecto a los apuntes sobre política y tiempo histórico, que aquí esbozamos.

El tiempo histórico de la política

Para bosquejar de manera breve cómo se ha construido el edificio de la historia, dentro del cual, sin duda, lo político resulta cimiento y pilar de conocimiento imprescindible. Hablaremos esencialmente de cómo se ha pensado la relación entre pasado, presente y futuro, no de los hechos históricos *per se*.

El estudio de la ciencia histórica, contiene tres elementos: la narración simple de los hechos (cronología), los hechos estructurales y los valores que dan movimiento a ambos (De la Torre: 1997, 40). Así, la historia política está constituida también por el sentido de tiempo que los hombres han dado a sus acciones políticas en particular. O de otro modo, ¿tiene lo político un sentido histórico especial?

Para tratar de contestar a esta interrogante la primera idea que se pone a discusión es el concepto de *tiempo*, en virtud de la relación inmanente entre historia y tiempo. Así, cabe preguntarse: ¿cuál era la concepción del tiempo que se tenía en la antigüedad?, ¿cuál la que prevaleció en el medioevo?, ¿cuál es la del mundo moderno?, y ¿cuál la del contemporáneo?, en particular si esta última continúa o si ha cambiado y en qué sentido. En grandes líneas trataremos de esbozar

dichas concepciones referidas en especial a lo político, con la finalidad posterior de aportar algunas ideas básicas sobre el sentido del tiempo político en la historia.

Partimos del principio de que la concepción histórica del tiempo es particular a cada época y que no ha existido a lo largo de la historia una única apreciación sobre el mismo. En consecuencia, su modo de entenderla ha sido distinto. Las diferentes explicaciones dadas a los acontecimientos históricos han tenido como ejes, desde el mito, el azar y la fortuna en el mundo antiguo, hasta el progreso y la ciencia en la modernidad; pasando por la revelación y salvación, propias del mundo cristiano.

Pasados los tiempos de la historia como epopeya que nos describió Homero como una cronología épica de héroes y batallas, en la que incluso mezcló la fantasía y el mito con los hechos reales; en la época clásica griega se concebía al tiempo como un eterno retorno, como una sucesión de hechos que se repetirían inevitablemente. El tiempo era circular, no había un fin último que diese sentido a la vida cotidiana. No había un escatón (*escatos*) que significa en griego lo que hay más allá de la vida temporal mundana. La historia era un presente que volvería a repetirse en el futuro. Los griegos de la época dorada no llegaron a preguntarse si el futuro se modificaría en virtud de los acontecimientos presentes. La historia era inmutable, más acorde con el movimiento propio de la naturaleza física, muy ajeno a la voluntad humana.

De acuerdo con la interpretación griega del mundo y de la vida, todo se mueve en repeticiones, como las eternas de la salida y puesta del sol, de verano e invierno, de generación y muerte (Lowith, 1993: 10).

El gran historiador Herodoto nos lega una relación de sucesos con el objetivo casi único de que no fueran a olvidarse, pero sin cuestionarse acerca de su significado interno o la posible relación entre ellos o su incidencia en el futuro. Podemos decir que su historia es una historia plana, en una sola dimensión.

Tucídides avanza en la concepción de la historia cuando intenta mostrarnos la concatenación de los hechos importantes, en particular los hechos políticos; pero sin sentido de futuro o como producto del pasado.

La Historia fue para él (Tucídides) una historia de luchas políticas basada en la naturaleza humana. Y como ésta no cambia, los acontecimientos que han

ocurrido en el pasado se producirán de nuevo en el futuro en la misma o semejante forma (Lowith, 1993:14).

Sólo los oráculos jugaron un papel importante al tratar de predecir el futuro, pero igualmente si éstos fallaban la interpretación cambiaba. De manera que no alteraban la marcha de los acontecimientos presentes sino que, en todo caso, los verificaban.

Toda esta visión del tiempo provenía y se fomentaba desde el ámbito del poder establecido. Las autoridades religiosas, únicas con posibilidades de escuchar a los oráculos, refrendaban la creencia en la fatalidad histórica. El hombre común nada podía hacer para intervenir en las sentencias inevitables del curso de su vida. Los mismos jefes militares llegaban a creer que sus derrotas eran parte de la historia. Un pasaje de la tragedia “Los persas de Esquilo”, muestra elocuentemente estas ideas:

Atossa (madre de Jerjes quien ha sido derrotado por los helenos en el campo de batalla).—Mas dime, ¿cómo empezó la batalla? ¿Quiénes fueron los primeros en acometer? ¿Acaso los helenos, o fue mi hijo, ensoberbecido con la multitud de sus naves? Mensajero.— ¡Oh, reina, algún dios vengador, algún mal genio, venido de no se dónde, fue, a no dudar, quien inició nuestra desgracia!...(Grinberg, 1983: 178).

Hasta el gran historiador romano Polibio, al aseverar que al final del tiempo todos los estados quedarían bajo el dominio del imperio romano, no llegó a relatar los hechos con vistas a ese futuro de grandeza. Así, la historia política no abandonó su carácter anecdótico y fatalista peculiar de la época premoderna. Los hombres de la antigüedad no se asumieron como forjadores del futuro, sino como víctimas de la historia. Su espacio de experiencia no les indujo a vivir respecto a las posibilidades del porvenir, y su horizonte de expectativa no se abría hacia el futuro, sino que volvía al pasado. Podríamos describir así el tiempo histórico de la antigüedad: presente-futuro-pasado. Las formas de gobierno presentaban ese carácter sucesorio. Podían ser diferentes entre sí, podía haber estados puros o corruptos, pero todos nacerían, se desarrollarían y morirían inevitablemente, en un espacio circular de tiempo. Igual que los arcontes o los senadores, los cónsules o los tribunos.

De todas maneras no hay que olvidar que pensadores como Hesiodo, Esquilo y Platón tenían muy arraigada la idea de que había habido un tiempo pretérito de oscuridad, de sufrimiento, o de soledad, que había sido superado en el presente por la luz, las artes y las ciencias,

idea que se repite en todas las etapas posteriores, sin que por ello se identificara con un tiempo histórico lineal de evolución hacia el futuro. Esto vendrá más adelante.

Muy distinta fue la percepción del tiempo para los escritores del Antiguo Testamento, para quiénes el presente era sólo la antesala del futuro, tiempo en el que vendría el salvador de la humanidad, tal como lo habían anunciado los profetas. Vivir el presente únicamente como preparación del futuro. El objetivo de vivir el presente no era el presente mismo, sino el futuro anunciado en las profecías. Ésta, es la clave de toda la concepción cristiana del tiempo que llega hasta la primera parte del medioevo, en donde la iglesia cristiana europea se convirtió en dueña del tiempo y por tanto monopolizó la historia. Tanto en su sentido práctico como teórico; los hechos que se registraban y aún más que se difundían (si cabe) eran aquellos que la iglesia autorizaba. Además no tenía sentido escribir acerca de las acciones humanas, ni siquiera en forma de crónica, puesto que, por un lado para el cristiano común era más importante no vivir el presente, sino esperar después de la vida; y por otro lo importante era de origen divino, inaccesible al dominio del hombre. La historia no la hacían los hombres, la hacía Dios. La jerarquización de las leyes que hace en el siglo XII Tomás de Aquino, tiene ese carácter:

La ley eterna es prácticamente idéntica a la razón de Dios. Es el plan eterno de la divina sabiduría con arreglo al cual está ordenada toda la creación. Esta ley está en sí por encima de la naturaleza física del hombre y por entero fuera del alcance de la comprensión humana... (Sabine, 1975: 192).

La iglesia por su parte procuró no dar importancia a los hechos, ni a su relación con el tiempo; se hizo dueña del horizonte de expectativa de los hombres al colocar la gloria posterior a todo presente terrenal, y con ello, al mismo tiempo, reinaba sobre su espacio de experiencia. Dominaba el tiempo de los hombres, dominaba políticamente. Pero no solamente por el poder político y económico que desarrolló, ni por el poder ideológico claramente establecido, sino además porque se apropió del tiempo histórico de los hombres de la época. Sin ser posibles actores de su historia, los hombres carecieron de un espacio de experiencia propio, que les permitiera vislumbrar un horizonte de expectativa, porque éste se encontraba fuera del mundo terrenal. De manera que el cambio de las condiciones terrenales presentes no influía en el porvenir. Salvo si pensamos como porvenir a la salvación del alma, lo cual es de todos modos un futuro extramundano, tiempo

que escapa a todo estudio histórico. Vale la pena agregar que ello no significa que las instituciones eclesiásticas dejaran de trabajar arduamente en sus comunidades, ya que por el contrario su labor es de sobra conocida en la construcción cultural europea.

No obstante el sentido histórico siguió siendo el mismo, hasta la breve pero importante irrupción que en 1185 hiciera Joaquim da Fiori, con el anuncio del fin del mundo. En su obra *Enchiridion Super Apocalysium* señalaba el primer escatón que daba sentido a la historia. Los hombres viven y se preparan para cuando llegue ese día. El horizonte de expectativa aparece, por fin, en el ámbito terrenal.

La obra es muy importante porque antecede el sentido moderno de la historia, al dar a los acontecimientos pasados y presentes un fin, no es más la historia circular clásica, ni la historia cristiana de salvación, es la historia que evoca un tiempo lineal: pasado, presente y futuro. Y además tampoco es la narración simple de hechos, sino el intento de otorgar a éstos un sentido, el sentido de futuro. En este contexto cada acontecimiento es un signo de lo que vendrá después. El presente es interpretado como antecedente del futuro, el cual puede ser previsto y constituirá el final de la historia: la venida del anticristo. Porque con todo, esta visión milenarista, quedaba circunscrita a la teología cristiana. Da Fiori, por ejemplo, dividía la historia en tres etapas: la del Padre o clásica, la del Hijo o de la Edad Media, y la del Espíritu Santo a la actual. Mediadas las dos últimas por el nacimiento de Cristo.

Sin embargo la obra de Fiori, no llega a trascender debido al, todavía enorme, poder de la Iglesia cristiana. No obstante, podemos decir que se anticipa a concepciones posteriores en cuanto a la experiencia del tiempo. Su concepción de la historia tiene un sentido de evolución, en donde el sujeto es la humanidad cristiana que puede actuar en el presente para transformar el futuro. Idea muy cercana a la conciencia histórica moderna.

¿Cuál es el sentido del tiempo histórico a partir de la modernidad?¹ Si para los griegos y romanos de la época clásica la historia no tenía un sentido inmanente y la historia cristiana se avocaba a un futuro

¹ Dadas las innumerables controversias teóricas e históricas del periodo denominado modernidad, es importante dejar claro que aquí, centramos al mundo moderno, a partir del surgimiento del Estado-nación europeo occidental hasta fines del siglo XVII y

extramundano; en la concepción moderna de la historia aparece por primera vez un sentido real y terrenal a los acontecimientos relatados, porque éstos ya tienen un horizonte de expectativa que es el progreso. ¿Pero qué entendemos por progreso? La idea de progreso tiene de entrada varios inconvenientes conceptuales. Nos dice la *Enciclopedia Filosófica Universal (Encyclopédie Philosophique Universelle*: 1990, 2064) que el progreso es la representación, vaga, de una temporalidad no cíclica, de un tiempo creador. En un primer momento, esto nos ayuda a comprender la relación histórica con el progreso que el mundo moderno se fijó como horizonte de expectativa. Sin embargo, hay mucho más. Casi todos los grandes pensadores de los siglos XVII al XIX reflexionaron sobre la idea de progreso. Se le asoció desde el siglo de las luces con búsqueda de libertad, de racionalidad, de avance del espíritu y posteriormente con adelanto del conocimiento, de la ciencia. También el mundo antiguo pensó en el progreso, sólo que la noción sobre éste distaba mucho de la del mundo moderno.

En su magnífico libro *Historia de la idea de progreso* Robert Nisbet nos dice por ejemplo: “...que esta idea (la del progreso) ha contribuido más que cualquier otra, a lo largo de veinticinco siglos de la historia de occidente, tanto a fomentar la creatividad en los más diversos campos como alimentar la esperanza y la confianza de la humanidad y de los individuos en la posibilidad de cambiar y mejorar el mundo” (Nisbet:1980, 24-25). Lo anterior podría parecer una contradicción a lo que aquí estamos tratando de argumentar, respecto a que la idea del progreso nace con la modernidad. Pero no es así, ya que los puntos de partida son distintos. Mientras aquí proponemos la idea de que cada etapa de la historia ha tenido una perspectiva temporal fundamentada en el proyecto político vigente y que en ese sentido han habido tanto visiones circulares como escatológicas o espirales, como en el siglo XIX, Nisbet propone que los hombres, en especial los de Occidente, han tenido presente en su desarrollo histórico la idea de progreso; es decir, nuestro autor se centra en buscar evidencias sobre la idea de progreso y aquí lo hacemos acerca de la idea de futuro. Y ésta es peculiar al mundo moderno.

principios del XVIII. El periodo histórico está considerado, básicamente, en relación con los más importantes acontecimientos políticos de la época.

La idea de progreso tiene también un contenido de movimiento. Y no es que ello fuera desconocido en el pasado griego y romano o en el mundo medieval, de hecho Nisbet nos lo muestra a lo largo de su libro, pero justamente se trata de un movimiento hacia el cambio. Lo cual es innegable en la historia humana y difícilmente rebatible por cualquiera que reflexione sobre el desarrollo de la humanidad. El cambio es inherente al ser humano. Pero no es de ello de lo que aquí hablamos. Aquí nos referimos a la idea moderna de progreso, a la connotación que los hombres de la modernidad le dieron al concepto progreso, que es una connotación de tiempo futuro.

Es cierto también, como dice Nisbet, que el progreso, entendido como un pasado primitivo (mundo primitivo) y un presente que lo superó (mundo civilizado), ha formado parte de la herencia cultural de todas las épocas históricas; pero lo que no aparece sino hasta la modernidad es que avanza hacia cierto horizonte que guía todo el tiempo histórico.

Con estas apreciaciones podemos ahora sostener que el progreso es el escatón moderno, el fin secularizado de la historia. El progreso sustituye a la escatología apocalíptica, quitando con ello el carácter fatal al futuro, permite que vuelva a empezar la historia, que tenga un nuevo sentido. Esto significa que todos los hechos presentes se suceden con la expectativa del progreso y adquieren importancia sólo en ese sentido. No son hechos estáticos, aislados, como se consideraban en el mundo premoderno.

La expectativa del progreso cambia a los hombres, cambia su presente. Los transforma de espectadores a actores de la historia. Mientras en el mundo anterior a la modernidad los hombres contemplaban la historia, en la modernidad pueden participar en ella.

Se da un cambio importante en la relación del hombre con la naturaleza, por ello las ciencias incipientes se avocan a experimentar con los fenómenos naturales, no únicamente a aceptar sus leyes. El hombre se separa de la naturaleza y busca transformarla.

En el ámbito político la expectativa del progreso permite que los hombres y los estados busquen nuevas formas de convivencia, intenten cambiar las condiciones sociales, económicas, etc. que antes

aparentemente escapaban al dominio humano. La expectativa de progreso compartida por todos, legitima el poder del Estado. El Estado moderno² busca difundir esa idea, en aras de afianzarse en el poder. Se hace dueño del tiempo y ejerce su dominio en gran medida gracias a esa apropiación. El progreso no es rechazado por nadie y es mal visto quien llegara a hacerlo. Como horizonte de expectativa el progreso dio origen a todos los mecanismos que cambiaron las experiencias posteriores. Aparece un sentido de la historia porque entonces sí adquiere importancia llevar a cabo acciones y dar cuenta de ellas. Ahora será el futuro-pasado de la modernidad.

El Estado moderno establece como escatón el progreso y ello además de dar sentido a sus acciones, logra una obediencia activa y no una obligación pasiva.

El Estado se vuelve dinámico, el progreso promueve esa dinámica como nuevo horizonte de expectativa. La historia es de los hombres, ellos son su sujeto volviéndolos responsables de transformar las condiciones existentes. Esta nueva conciencia histórica los hace protagonistas. Se vive una nueva experiencia de tiempo. La historia la constituyen acontecimientos espaciales y temporales con un fin determinado: el progreso. Cuando aparece esta idea como conciencia de futuro monopolizada por el Estado, se da una aceleración en la vida práctica, muy notoria en Europa occidental; y muy tardía en el resto del mundo, en donde las experiencias de tiempo son de índole distinta.

Desde esta perspectiva la modernidad constituye una experiencia de tiempo vinculada a un escatón secular que pretende resolver los problemas políticos, sociales y económicos. El Estado se hace dueño de las esperanzas de los hombres, neutralizando las doctrinas cristiana y milenarista, es decir neutralizando la religión. A partir del Estado-nación surge el pronóstico que sustituye a la profecía. A partir de 1500 y hasta bien entrado el siglo XVII, el horizonte de expectativa lo monopoliza el rey (Estado) y sus cortes mediante el principio de la esperanza de los fines temporales: paz, orden, seguridad. La continuidad está representada por el poder hereditario del monarca.

² Entendemos por Estado moderno a la forma particular de organización política que surge con la última modernidad, con una antigüedad no superior a tres siglos y que se revela como un elemento definitorio de la cultura europea. Ver: Sotelo, 1993.

Podemos ahora arriesgar la afirmación de que el tiempo histórico lo establece la política, que la cuestión temporal no es neutral, que está determinada por el proyecto político particular a cada época. Ya no es el pasado lo que cuenta, sino la expectativa de futuro, por eso hay una aceleración del tiempo por el empuje de los principios contenidos en el proyecto político.

Memoria y esperanza se suceden en periodos cada vez más cortos, por ello el tiempo histórico tiende a ser de una notoria celeridad y de expresiones colosales.

Por último, es posible pensar también que lo político, entendido como el entramado de poder y sus expresiones institucionales prevalecientes en distintas épocas históricas, ha sido el producto de determinadas experiencias de tiempo, y que éstas han moldeado las conciencias y culturas de los hombres en el curso de su experiencia humana.

Sobra decir que el siglo XX tan inusitadamente rico en historia merece mayores análisis; pero la cuestión sobre la que nos interesa reflexionar es: ¿hasta qué punto los distintos proyectos políticos vigentes siguen señalando el tiempo histórico de fines de siglo? En palabras de Koselleck: ¿cuál es el horizonte de expectativa de los hombres posmodernos?

ceu@coatepec.uaemex.mx

Bibliografía

- Bobbio, Norberto (1991), *El futuro de la democracia*, México: FCE.
- Cerroni, Umberto (1988), *Introducción al pensamiento político*, México: Editores Siglo XXI.
- De la Torre Villar, Ernesto (1997), “Reflexiones acerca de la historia”, en *Universidad de México*, mayo, núm. 556, México: UNAM.
- Encyclopédie Philosophique Universelle* (1990), tome 2, París: Press Universitaires de France.
- Grimberg, Carl (1983), *Grecia*, México: Daimon.
- Koselleck, Reinhart (1990), *Futuro- pasado*, Barcelona: Paidós.
- Lowith, Karl (1988), *El sentido de la historia*, Madrid: Alianza Editorial.
- Nisbet, Robert (1991), *Historia de la idea de progreso*, Barcelona: Gedisa.
- Pokrovski, V. S. (1966), *Historia de las ideas políticas*, México: Grijalbo.
- Raymonds, Gettel (1987), *Historia de las ideas políticas*, Barcelona: Ariel.
- Sabine, George H. (1973), *Historia de la teoría política*, México: FCE.
- Sartori, Giovanni (1992), *La política*, México: FCE.

Sotelo, Ignacio (1993) “Estado moderno”, en *Filosofía política II. Teoría del Estado*, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, núm. 10. Barcelona: Editorial Trotta.

Touchard, Jean (1990), *Historia de las ideas políticas*, México: Tecnos.

Vallespín, Fernando (1990), *Historia de las ideas políticas I*, Madrid: Alianza Editorial.